**I7-a CONFERENCIA DEL PRIMER CURSO DE LA UNIVERSIDAD POPULAR DE VALENCIA (1902/1903),** *de 4 de marzo de 1903.*

**Crítica de la Universidad Popular**

POR

D. Anselmo Arenas

*Señoras y señores:*

Cuando, hará mes y medio próximamente, el Sr. Blasco Ibáñez,

algunos de los compañeros que me escuchan y yo planeábamos

en lo secretaría de este Centro los primeros cimientos de

esta **Universidad Popular,** recordando la serie de injurias y calumnias

de que había sido objeto durante diez años por parte del

clericalismo, y temiendo que estas injurias que habían llegado

hasta lo más íntimo de mi honra, acumulando sobre ella cuanto

Iodo y cuanta maldad puede amontonar una baja pasión, y sin que

sirviera de tramo ó de muro de contención en esa campaña difamatoria

el haber hecho de mi existencia toda, como particular, un

verdadero espejo donde se reflejase una vida privada limpísima y

una vida pública más acrisolada; temiendo, decía, que estas espinas,

que difícilmente se pueden arrancar del corazón, pudieran

arrastrarme á tomar la revancha contra esta gente, al explicar una

asignatura que fuera favorable á ello, le rogué al Sr. Blasco Ibáñez

que me encargase de una clase científica; le rogué me dejara

explicar cosmografía, paleontología, cualquiera asignatura, excepción

hecha de la ciencia del bisturí, que tan distinguidos y

competentes profesores cuenta en esta escuela, para honra de la

liberal facultad de medicina de la Universidad de Valencia.

Y no es porque tuviera aversión á tan honrosa facultad, sino

porque pertenezco al grupo de esos hombres, que desde lejos parecen

Nerones, y luego, de cerca, son unas benditas personas, incapaces

de meterse con nadie; incapaces de matar un mosquito,

aunque éste sea de los inofensivos, de los bonachones, y no de

esos otros, que llevan el virus de las tercianas, de la *malaria* ó de

la fiebre amarilla, que son esos otros mosquitos esbeltos, de corte

elegante y con las patitas delgadas, porque, entre paréntesis, sucede

con estos insectos una cosa análoga que con las damas; cuan-

to más hermosas y más garridas son, su picadura es más acerba

y más difícil de arrancar el aguijón.

A pesar de estas razones, Blasco Ibáñez opinó que debía encargarme

de explicar la asignatura de crítica histórica; y ved

aquí al que no se atrevía á clavar el bisturí en un individuo, teniendo

que clavarlo en la Humanidad entera, haciendo la autopsia

de la historia de nuestra patria. Como veis, mi cometido no es tan

fácil como á primera vista aparece.

La mayor parte de mis comprofesores os hablan de cosas que

la mayoría de vosotros no conocéis. Yo tengo que dirigirme

á un público competente en esta materia.

Porque, poned la mano sobre vuestro corazón, y decidme:

¿quién es el que no conoce la Historia? ¿Quién es el que no conoce

la crítica?

Por lo menos la historia del amigo, de) vecino, y no precisamente

la que le es más favorable. Y en materia de crítica,

evito recordaros, si, el que más y el que menos, les habrá

ó no buscado los defectos á los correligionarios, al amigo y á los

profesores que os dirigimos la palabra. A decir verdad, nuestras

ideas son aquí vertidas para que las elaboréis en vuestro cerebro

y les saquéis el jugo. Pero al generalizar ese *todos,* comprenderéis

que debo exceptuar y exceptúo de él á todas las señoras y

señoritas que me escuchan. Estas no hablan mal de nadie,

no se meten con nadie, no critican á nadie. Son tan bondadosas

é inocentes que cuasi no tienen hiel. No hablan para no tener

luego de qué arrepentirse.

A pesar de todo, os decía, mi primera conferencia en realidad

no fue de crítica histórica.

Sabéis que me encargué de hacer una especie de conferencia

ó ligera historia de la mujer.

Pues bien; á tan inocente detalle le han sacado punta los criticones.

¡Dicen que elegí ese tema para ganar popularidad!

Yo que nací en el pueblo, he vivido siempre en el pueblo *y*

he de morir con el pueblo, porque soy de aquellos que al cambiar

de posición no cambian de afecciones, ¿para qué necesito buscar

esa popularidad si la tengo dentro de mi hogar en mi propia

ideosincrasia?

Otros más benévolos, pero no menos picarescos, aseguran que

elegí ese tema para captarme las simpatías de las señoras. Y yo os

digo, parodiando aquella frase que en mi anterior conferencia

evoqué relativa á María Antonieta: Apelo á los que tenéis *quince*

*abriles,* tan cumplidos como yo, para que me digáis si estamos ya

en estado de merecer. Además, yo vengo á estas conferencias á lo

que venís vosotros, á ilustrarme; y recuerdo que uno de los docto-

res peritísimos, que me han precedido en esta cátedra, y que me

parece se halla presente, nos decía en su última conferencia:

«Tened en cuenta que no os tocan á cada uno siete mujeres, como

el vulgo asegura, sino una sola; y creo que tenéis bastante.

Efectivamente; yo tengo con la mía lo necesario, y no soy partidario

de la fruta del cercado ajeno. Y por si fuera erróneo este

dictamen del Dr. Bartrina, yo que soy eminentemente religioso,

como habréis podido observar, busco siempre la compañía de

venerables maestros; si puede ser de aquellos benditos tiempos

del altar y el tiono, en los que nadie pecaba ni tenía malicia, en

los que todos llevaban la inseparable compañía del rosario.

Entre ellos, recuerdo que el gran Quevedo decía (i): (Ama á

tu mujer más que á la ajena, que no es de labrador cuerdo sembrar

en tierras que no son suyas. Y un poco más adelante da este

hermoso consejo á los esposos ligeros: «Marido que no provee

su casa, desprovee su honra, y quien vé al marido amancebado,

se atreve á su mujer como casa desalquilada.» La moraleja que

estas frases encierran, á vuestro alcance se halla; y más grabado

se os quedará si os añado, que fue Quevedo un solterón tan empedernido,

que solía escribir: “Por el pueblo de Casar, por el solo

nombre nunca quise pasar, ni siquiera á vista de él.» Y en verdad

que, siendo solterón, y sus tiempos tan inocentes y religiosos, no

me explico cómo andaba tan al traste de asuntos resbaladizos,

que no debió encontrar en el santo catecismo ni en los libros de

rezos, [Verdad es que los espíritus religiosos tienen una intuición,

una penatración muy grande!

Aún hay otra razón, por si no bastaran éstas, que tiene para

mí. un valor extraordinario.

Cuando uno mira con profunda tristeza, casi con lágrimas,

perderse de vista allá en lontananza la primavera de su existencia;

cuando vé uno que el verano y hasta el otoño se hallan ya lejos,

muy lejos, y que se echan encima los hielos rigurosos de la vejez;

(1) Casa de locos de amor.

cuando vé uno que, imitando á los eternos ventisqueros de los

Alpes, avanzan sobre el cerebro avalanchas de nieve que congelan

las ideas; ni la mente se halla en estación de dar flores, ni al

hombre cuadra hablar otro lenguaje que el de la razón serena y

fría, el de la conciencia y la verdad, único que escucharéis siempre

en mí.

Si os he hablado de la mujer en esa forma, es porque lo siento.

Soy como el legislador griego á quien le preguntaba un compatriota:

«por qué no establecía la República», y él contestó:

«Principia por establecerla tú en tu casa.»

No estaría, tal vez, de más que muchos de los que pe llaman

republicanos aprendieran esta lección

Por lo que á mí toca, puedo aseguraros que tengo establecida

en mi hogar una república. En él reina como soberana mi señora.

Mejor dicho, no reina; porque mi hogar es una sociedad heril anárquica,

donde no hay más principio de autoridad que el amor

mutuo.

Así como en la conferencia anterior os hablé de la mujer, hoy

parecía lógico que os hablara del tema que se me había asignado;

el de la crítica histórica. Pero recordando que ha pasado ya un

mes desde que os expliqué mi primera lección, que tal vez

sea ésta la última, y que en tan extraña forma no es posible, ni

fructífero desarrollar asignaturas; he creído que debía desenvolver

un tema de vuestro gusto, mezclando, á ser posible, en él lo

útil con lo agradable, y vengo á hablaros de la **Universidad Popular.**

Vengo, como veis, á defender otra dama, ya que es del género

femenino.

En el terreno de la crítica, lo más grave es criticar aquello que

no se ha visto, que no se conoce sino de oídas, de referencia.

Santo y bueno que vosotros, los que nos escucháis, critiquéis

después de oírnos la peculiar idiosincrasia mía y la de mis comprofesores,

ó el modo que tenemos de explicar y de transmitir nuestros

conocimientos.

Esto es natural y lógico.

Pero no lo es que nos critiquen personas que no nos ven ni nos

oyen, y que aún cuando vinieran y nos oyeran no nos entenderían,

porque son como los santos de Francia, que tienen ojos y no ven,

,y quién sabe también si como algunos de España!—aunque de

esto nada dice el proverbio,—porque yo recuerdo que á algún santo

de mi pueblo lo dejé, cuando era chico, con el libro abierto, y

cuando he vuelto de viejo he notado que aún no había pasado

la hoja, prueba indeleble de que no ha aprendido todavía la primera

lección.

Razonable es, repito, que vosotros, los alumnos de estas conferencias,

podáis criticarlas; pero no lo es que personas que **no**

nos escuchan ni entienden, vengan á criticar esta Universidad,

que fuera de la parte modestísima que yo en ella tomo, constituye

un verdadero honor, una honra inmaculada para la ciudad de Valencia.

Eso no me lo explico.

Con verdadera admiración, con verdadera sorpresa vemos

todos que, á pesar de la crítica insana que se hace de esta **Universidad**

**Popular,** las señoras concurren á ella con una asiduidad tan

grande como nosotros. Vuestra abnegación es loable; porque no

encontráis aquí la amplitud y comodidad de los templos, ni como

en ellos el órgano regala vuestros oídos, ni el perfume del incienso

embriaga vuestros sentidos, ni el aliciente de las miradas interesantes

y pecaminosas, y de los trajes y tocados, que convierten

los modernos templos en verdaderas exposiciones indumentarias

más bien que en santuarios de oración, os distraen y alegran.

Venís á estar aquí incómodas, de pié algunas veces, mal sentadas

otras, en una atmósfera cargada, sin poder regocijar vuestras

miradas, ni lucir vuestros encantos; y, sin embargo, vuestro

concurso aumenta en cada conferencia, oís éstas con verdadera

devoción, con religioso silencio, y este sólo detalle hace el más

cumplido elogio de la mujer valenciana, colocándola muy por

cima de las del resto de España; este detalle evidencia que se ha

emancipado del redil de atrofia intelectual, en que la gente negra

tiene encerradas á las mujeres del resto de la nación.

Y vosotros, obreros que me escucháis, los que habéis tenido

una constancia tan grande como la mía para asistir á estas clases,

y habéis notado el religioso silencio, la irreprochable compostura

con que durante dos mortales horas permanecen de pié, cuasi

prensados, y sin apenas toser, un millar de hombres y un centenar

de señoras y señoritas, oyendo, con la devoción de un antiguo

místico discursos relativos á ciencias, que tal vez no habéis saludado

en vuestra vida; virtud que nadie mejor que nosotros (los

que llevamos lustros enseñando y sabemos por propia experiencia

cuán difícil es guardar el orden en clases de 100 alumnos), puede

apreciar bien; los que con una cortesía, que no malgasta la gente

ilustrada, colmáis de aplausos á todos los profesores; los que, cansados

de la diaria y ruda labor, en lugar de entregaros al reposo

venís á buscar el sustento espiritual en esta **Universidad Popular,**

dad al olvido las calumnias con que los envidiosos y fanáticos

os favorecen; tened compasión de esos desgraciados y degradados

entes, que, sin temor á Dios ni al diablo, que tan en los labios

tienen, lanzan al viento contra vosotros y contra este centro las

más infames calumnias, seguros de que algo queda.

La envidia y el fanatismo obscurecen la parte racional del

hombre y anublan y envilecen la parte moral.

¿Recordáis la conseja final de mi primera conferencia, la del

fraile y la pollina?

Pues vedla aquí ya en el terreno de la realidad. El mayor delito

que para esa gente podéis cometer es, el dejar de ser su pollina,

el cultivar vuestra inteligencia.

Si dedicarais estas horas de clase á visitar centros del vicio:

la taberna que embrutece al hombre y le irracionaliza; la casa de

juego, que lleva el hambre y la desolación al más tranquilo hogar;

la del placer y *non sancta,* que disuelve el matrimonio mejor vinculado

por el amor, perded cuidado, ni os criticarían, ni lo verían

con malos ojos, porque su palanca es, el embrutece y vencerás.

Pero obráis bien, y les molesta. En lugar de envileceros enfangándoos

en el vicio, venís á instruiros, y esto les hiere en el corazón:

¡temen que la pollina, al convertirse en ser pensante, los arroje

y despida por las orejas!

Así como la víbora muerde con su venenoso diente la lima,

sin poder mellar su duro temple; así esas lenguas viperinas apellidan

á esta vuestra casa *Taberna popular,* á nosotros taberneros

mayores, y á vosotros adoradores del dios Baco,

¡Bien comprenden que es una infamia; pero no por eso dejan

de lanzarla á los cuatro vientos!

Fuera realmente una taberna, y vosotros, con vuestro respeto

y vuestra compostura, la habríais convertido en un templo.

No son los lugares, más ó menos sagrados; no son los templos

de las religiones positivas los que hacen santos y buenos á los hombres

que á ellos asisten; son los hombres de corazón puro, de

miras tolerantes y altruistas los que dignifican los lugares á que

concurren.

Cuando Jesús, huyendo del contacto impuro de los escribas y

fariseos, arroja á latigazos del templo á los mercaderes que le tienen

convertido en plazuela, es porque sabe que lo han deshonrado.

Y por cierto que, si el divino Maestro se diera una vueltecita

por este pícaro mundo, y visitara las que llaman sus moradas, llenas

de fastuoso lujo, convertidas en ascuas de luz, con el aire obs-

curecido por nubes de incienso; con los órganos, las orquestas y los

coros de ambos sexos invitando más al wals que á la adoración; y

las miradas de la juventud dirigidas más que al santo y al altar

al corazón del amante; y los labios de las maduras y secas murmurando,

no oraciones, sino críticas sangrientas contra la amiga

íntima, es seguro que el Maestro, escandalizado al ver semejante

gentecilla, la cruzaría el rostro á correazos, no dejándola hueso

sano, ni títere con cabeza.

En cambio, cuando Jesús huyendo del templo que considera

profanado por los fariseos, se retira al Monte de las Olivas y hace

en él oración; el monte adquiere la respetabilidad y consideración

de un templo, del más hermoso de los templos, del único digno

de rendir culto al Todopoderoso, el de la Naturaleza; el más

grande y más santo de los templos conocidos.

Avanzad, en cambio, tres siglos y medio más; fijad la vista en

esa Roma, cabeza visible de la Iglesia católica.

Esta ha salido de las catacumbas en que permaneció oculta y

virtuosa durante tres siglos; ha escalado las gradas del trono, y

las riquezas empiezan á corromper la primera magistratura del'

catolicismo.

Como cargo altamente lucrativo, la Silla Pontificia es codiciadísima

ya por los más eminentes católicos.

El que había de ser primer Pontífice español, Dámaso, elevado

á la santidad por la Iglesia, aspira al pontificado; y Ursicino le

disputa el cargo (336?) con sus parciales.

Las ambiciones mundanales y las criminales pasiones se habían

desenfrenado ya de tal modo entre los grandes jerarcas del

catolicismo, siglos antes tan pobres en riquezas como grandes en

virtudes, que, como resultado de la lucha electoral pontificia,

aparecieron al día siguiente en la basílica de Santa María la

Mayor de Roma, donde los ursicinistas se habían hecho fuertes,

nada menos que 137 muertos de este solo bando

¿Qué os parece el santo ejemplo que la Iglesia nos daba? ¡Y

creeríais tal vez que esto de las elecciones sangrientas era moderna

invención del liberalismo! ¡Y pensaríais que en nuestra santa

madre la Iglesia las elecciones son más correctas y pacíficas que

en el orden civil!

La basílica pontificia se había, pues, convertido en antro de

criminales, en cueva de ambiciosos y malhechores.

Y sí, por apéndice, tenéis en cuenta que esta sangrienta

hecatombe se lleva á cabo, no por mejor servir á Dios, sino por

vanidad, por avaricia de goces mundanales; comprenderéis que

en estas condiciones el templo y los criminales descienden todavía

más en su nivel moral.

Y que era así, lo dice Amiano Marcelino, escritor coetáneo,

con estas gráficas palabras:

Cuando considero el esplendor de la dignidad papal en

Roma, no me extraña esa furia sangrienta entre los competidores,

El que logra el papado está seguro de enriquecerse con las liberalidades

de las matronas romanas, de llevar el coche más cómodo,

de deslumbrar con el esplendor de sus vestidos y de eclipsar

en los festines hasta las mismas profusiones de las mesas reales.»

(Amiano Marc. XXVII-4).

Y esto consiste, señores, en que, desde el momento y hora en

que el catolicismo asciende las gradas del trono con el gran

Constantino, que fue quien lo colmó de honores y riquezas, de

tal modo se pervierte y metaliza, que uno de los grandes Padres

de la Iglesia de aquella época (337 á 430), San Jerónimo, decía:

«Maldición sobre esos sacerdotes que no piensan más que en acaparar

riquezas; nacidos hace cuatro días en una humilde choza de

labrador, donde apenas alcanzaban á saborear el pan de cebada

con que saciar su estómago hambriento, repugnan ahora hasta la

flor del trigo y la miel.» (Epístola 31, ad. Nepot).

«Buscan el sacerdocio para ver con más libertad á las mujeres,

para engalanarse con más cuidado, rizarse los cabellos con

hierro y deslumbrar sus dedos con el brillo de los diamantes.

(Ibid. Tom. IV, pan. II, pág. 40, Ed. Chateaubriand).

[Tan antigua es, señoras y señores, la codicia y relajación de

la clase sacerdotal y la imbecilidad de las damas hipnotizadas!

Al oir estas acusaciones de un santo, y de un santo que constituye

una de las más legítimas glorias del catolicismo, uno de

aquellos eminentes, sabios y virtuosos varones, que en el siglo IV

cercan de una aureola semidivina al cristianismo, es probable que

os interroguéis: ¿pero es posible que en tan remota fecha, cuasi to-

cando los tiempos apostólicos, el catolicismo se hubiera viciado

ya de tal modo?

Y recordando conferencias, que maestros más sabios que yo

os han dado pocos días hace en esta misma cátedra, tal vez

halléis en pugna esa corrupción sacerdotal con las virtudes que,

al decir del Dr. Bartrina, pregonan las estadísticas de la mortalidad,

que entre los maestros y médicos resulta ser doble que entre

los sacerdotes; deduciendo de aquí las mejores costumbres y mayores

virtudes de éstos.

¿De dónde nace semejante antinomia? ¿Quién conoce mejor la

moralidad doméstica, el que habita el hogar ó quien lo mira

desde el exterior?

La elección no es dudosa.

San Jerónimo vivió 91 años, dedicado á la glorificación de las virtudes

del cristianismo; alcanza los más hermosos tiempos de

pureza y fe del pueblo cristiano, y aquellos otros en que escala

los peldaños del trono, se engrandece con los tesoros y fastuosas

donaciones de Constantino, y con esas riquezas se entrega á la

más escandalosa orgía.

¿Tenia, pues, razón para hablar así?

Yo, que veo su opinión confirmada por todos los hombres

verdaderamente virtuosos, por los mártires y santos de la Iglesia,

me inclino á dar la razón á San Jerónimo.

Además, cuando trato de concordar su opinión con las enseñanzas

que se derivan de los números, encuentro que no hay semejante

antinomia,

Los números por sí solos nada enseñan; pero combinados,

concordados, dan origen al colosal edificio y monumento de la

matemática, el más asombroso de la humana inteligencia.

Las leyes de la moralidad no podemos deducirlas de la mortalidad

sin que aquélla deje de ser factor poderoso de la prematura

muerte.

El que mueran por millar doble número de médicos y de maestros

que de frailes, no revela que éstos sean mejores.

El contagio á que los primeros se hallan diariamente expuestos,

la vida intranquila y laboriosa que hacen los rurales y hasta

las eminencias médicas en las grandes poblaciones, explican sobradamente

esa mayor mortalidad sobre los frailes, que hacen una

vida regalona, higiénica y sin quebraderos de cabeza.

Precisamente los grandes filántropos, los eminentes pedagogos,

los hombres más desprendidos, generosos y altruistas han salido

de la clase médica.

Más acertado es deducir la moralidad de las clases sociales

de las estadísticas de la criminalidad, que no de los óbitos proporcionales;

y en esas estadísticas, para honra de la clase, apenas

si los médicos figuran.

En cambio los Galeotes, los curas de Lecubín, de Andarias y

Zangández y los canónigos de Zaragoza, tienen horrorizada á

España con sus diarios y espantosos crímenes, y ayer mismo era

condenado á garrote el cura de Valdecantos, Victoriano; y la

audiencia de Las Palmas sentenciaba á cadena perpetua á cinco ó

seis frailes, que en Fernando Póo han cometido horrores y sacrilegios

con una infeliz negra, atándola á un árbol, haciéndola matar

á latigazos, y cometiendo después la infamia de obligar á todos

sus discípulos á seguir apaleando el cadáver.

El excesivo contingente que esta clase aporta á las estadísticas

de la criminalidad, aun contando con el manto protector que la

diosa *Themis* la tiende por lo común, y la naturaleza criminosa

de sus delitos, dicen más en contra de sus costumbres que su

menor contribución mortuoria.

¡Ah! qué de horrores no dirían si la morigerada clase de maestros

laicos cometiera análogos delitos!

Y si en el mismo orden de ideas y consideraciones estudiamos

la desventurada y numerosísima clase de escuálidos maestros, las

necesidades apremiantes y sin tregua que les acosan, lo ímprobo

y persistente de su diaria labor, la atmósfera venenosa de ácido

carbónico en que viven la mayor parte del día, y la mala alimentación,

hallaréis razones suficientes para explicar su escasa longevidad

y su pavoroso contingente á la parca.

Lejos, pues, de acusar inmoralidad tan triste contribución,

acusa un sacrificio heroico.

En cambio, coloca su moralidad por las nubes el hecho

significativo y honroso de no figurar apenas el nombre de un

maestro en las estadísticas del crimen.

¡Esto es lo que se llama ser una clase moral!

Otro detalle os hará conocer la veracidad de mis juicios con

la clarividencia de la luz solar.

Aquí os ha probado el doctor Orellano, con cifras, que la mujer

del pueblo es muchísimo más fecunda que la de clase acomodada;

que en igual número de mujeres nacen doble número de

niños en las de la clase desheredada, y que, en cambio, la mortalidad

de los niños pobres es doble *6* cerca de triple que la de los

ricos.

¿Serán también aquéllos más inmorales que éstos, tratándose,

como se trata, de los que no llegan á cinco años de edad y llevan

en el semblante el sello de su angelical inocencia?

Luego si no puede dudarse que las buenas costumbres influyen

en la longevidad individual, preciso es confesar que en la

mortalidad de las naciones influyen otras causas más poderosas y

generales, como los aires puros y la higiene, la buena alimentación,

el trabajo moderado, etc.

Es indiscutible que la vida media de los hombres dedicados á

las rudas labores del campo es mucho más corta que la de los

hombres acomodados. Y sin embargo, nadie se atreverá á sostener

que éstos son de costumbres más morigeradas que aquéllos.

En Extremadura hemos podido apreciar, durante largos años,

que en los pueblos laboriosos, cual es Almendralejo, donde el

hombre maneja á diario la hazada bajo un sol abrasador, y en

una tierra tan dura como fecunda, á los 45 años de edad el hombre

está encorvado, como atraído por el sepulcro; mientras el

ocioso fraile se conserva á esa edad gordo y rollizo, rebosando

vida y salud por sus mejillas.

Freyciner decía en 1870, que todas las industrias eran nocivas,

y el doctor Pastor os ha probado en esta cátedra la causa de esta

indiscutible verdad, que tiene su explicación en las emanaciones

del ácido carbónico respirado, en los miasmas lesivos de todas

las industrias, en la mala ventilación de los talleres y en los muchos

accidentes del trabajo, que en la más culta de las naciones,

y la más precavida, Suiza, se eleva al 33\*9 por 1.000.

¿Tienen las mismas contingencias los frailes, canónigos y sacerdotes

en general?

Si á un trabajo agotante agregamos una alimentación nada reparadora,

tendremos otra de las causas que explican la mayor

mortalidad del maestro, del labriego y del artesano en general.

Yo no hago más que iniciaros estas cuestiones para que luego

vosotros meditéis sobre ellas, porque vale más una idea elaborada

por vosotros mismos, que muchas por nosotros elaboradas; y seguramente

al estudiar los ejemplos prácticos, vendréis á parar á

una de estas conclusiones: ó creer en los milagros, ó confesar que

la menor mortalidad de la clase celibatoria obedece á bien distintas

causas que la pureza de costumbres,

Cuasi todos los braceros, agotados por el desgaste del trabajo

y faltos de una alimentación reparadora, están flacos.

Los maestros de escuela extenuados, casi por las propias

causas-

Los frailes, en cambio, son en su cuasi totalidad mofletudos

y sonrosados; y como unos y otros ayunan, preciso es confesar

que, ó Dios hace milagros de grosura en favor de éstos, ó en su

ayuno hay gato encerrado.

¿Va á ser igual la mortalidad de los unos y de los otros?

Imposible.

El maestro será terreno abonado para toda clase de enfermedades

y epidemias, y el fraile apenas si tendrá más formas prematuras

de morir, que la apoplegía y la indigestión.

Hoy ya nadie ignora que de la salud del cuerpo depende hasta

la del espíritu; que la decadencia intelectual de las razas se halla

en razón directa de su mala alimentación, y que hasta el valor se

amortigua con el hambre.

Los españoles somos tan mentecatos, que ignoramos este

principio axiomático; ó tan crueles y cínicos, que hemos exterminado

de hambre nuestros ejércitos de América, sin que nadie

haya castigado tan tremendo delito.

En cambio, el inglés Wellington, arengaba á sus tropas en esta

forma, antes de la batalla de *Torres Vedras:*

«¡Soldados: estáis bien comidos y bien bebidos, el que no cumpla

ahora con su deber, lo haré ahorcar!»

Meditad también sobre este otro particular.

Si cubicáis cualquier convento de Valencia, os dará 100 metros

ó más de lado, que hacen 10.000 de solar; y si tiene 25 de

alto os resultarán unos 250.000 metros cúbicos de aire puro respirable,

que, repartidos entre los 25 padres de la comunidad, les

tocan á 10.000 por cabeza.

Pasad luego á cualquiera de nuestras desdichadas escuelas

municipales ó particulares, verdaderos purgatorios de la juventud

y del magisterio. No es mala escuela la que mide 10 metros de

extensión, cinco de latitud y tres ó tres y medio de altura: total,

de 150 á 160 metros cúbicos de aire.

En ese espacio reducido permanecen 50 ó más alumnos y el

maestro, almacenados, durante seis y más horas, sin disponer más

que de tres metros cúbicos por persona de aire carbonado que

respirar, que constituye una atmósfera verdaderamente envenenadora.

El fraile, pues, dispone de 3.000 metros de aire puro por cada

uno de que dispone el maestro. ¿Y queréis que en condiciones

higiénicas tan diferentes ambos tengan las mismas probabilidades

de viabilidad?

Imposible.

Pero en favor de la teocracia, lo mismo antigua que moderna,

de ésta ó de la otra religión, los milagros se multiplican.

Del estudio de las estadísticas del mundo entero se deduce

este hecho incontestable, según nos ha probado el Dr. Bartrina.

Los casados viven más que los viudos, y éstos más que los

solteros ó celibatarios.

En cambio, la criminalidad acusa un orden inverso: los célibes

delinquen más que los casados.

Dedúcese de este hecho, que el matrimonio es el estado natu-

ral del hombre, y, á un lado hipocresías, el más morigerado y

casto.

Debo haceros observar que el Dr. Bartrina no tiene agencia

de matrimonios; ni yo tampoco.

No se trata, pues, de hacer aquí un reclamo.

Ahora bien; sentado el dato como axiomático, constituyendo

una especie de ley demográfica, cuando tratáis de aplicarla á la

clase sacerdotal, os encontráis con que los curas y los frailes,

siendo célibes, viven más que los casados y que los viudos.

Luego, una de dos; ó el hecho es milagroso, ó esos respetables

varones no tienen de solteros más que el nombre.

Lo que no puede dudarse es, que gozan de todas las preeminencias

y ventajas de la vida matrimonial, sin ninguno de sus cui«

dados é inconvenientes.

Así puede explicarse muy bien su mayor longevidad y su envidiable

perímetro.

Pero noto que las palabras son como las cerezas, y que me he

perdido en una larguísima digresión estadística, haciéndome olvidar

el objetivo de esta conferencia, que no era otro que hablaros

de la **Universidad Popular,** y vindicarla de las acusaciones y calumnias

de que ciertas gentes la hacían blanco.

Son tan grandes los testimonios de gratitud que debo á los

benditos clericales, que instintivamente me inclino á corresponderles;

mal que pese á mi liberalísimo compatriota, el conde Romanones,

que me obligó á ser catedrático de latín, sin duda con el

santo propósito de que ingresara en la carrera eclesiástica.

Estaba desarrollándoos la idea de que, no eran los lugares,

más ó menos sagrados, los que beatificaban á los hombres que los

visitaban; sino antes bien, los seres de corazón puro los que santificaban

los lugares que habitaban.

Cuando el angelical Boecio, mano derecha del gran Teodorico,

rey de los Ostrogados, cae por su fe acendrada en la desgracia

de éste, y es conducido á un calabozo de Pavía para no salir

de él hasta su viaje hacia el patíbulo; y en la lóbrega prisión, morada

de criminales, escribe su hermoso tratado *De consolatione* (del

consuelo), uno de los monumentos más tiernos, puros y dignos de

cuantos la literatura humana ha producido; al que todavía acuden

á buscar consuelo las almas atribuladas, y en el que se hallan

himnos de rectitud y valentía entonados en honor de la libertad y

de la independencia de la patria, tan sublimes, que prefiere ascender

las gradas del cadalso antes que negar sus fervientes deseos

de ver la patria rescatada; cuando veo, repito, á un varón tan

sabio y religioso encerrado en la mazmorra de los criminales, paréceme

que las paredes de ésta se ensanchan y la techumbre se

remonta más alta que la cúpula de San Pedro en Roma, y que se

pierde y confunde con las estrellas de la bóveda celeste, única

coronación digna de varón tan virtuoso.

El calabozo ha sido por él santificado, lo ha convertido en un

templo.

En cambio, cuando las Marozias con sus asquerosos vicios y

crímenes trastornan y afrentan el catolicismo, haciendo pontífices

á sus favoritos, y lo que es aún más feo, á niños imberbes, hijos

adulterinos y sacrilegos de esas criminales relaciones; cuando

nuestra casi compatriota Lucrecia Borgia lleva á cabo en el

palacio del Vaticano, en la misma cámara del pontífice, bacanales

horribles, en las que centenares de mujeres del gran mundo,

vestidas con el riguroso traje de Evas, se entregan á la orgía más

desenfrenada, y gobierna la Iglesia católica, y preside el colegio

de cardenales, y quita ó nombra obispos, según afirma el historiador

de Pío IX, César Cantú; entonces, la santa cátedra del jefe

de la cristiandad desciende á la categoría de serrallo constantinopolitano.

¡Aún es mucho honor!... ¡Desciende á la categoría de pontificio

lupanar!

Volved, en cambio, la vista hacia el inmortal Pasteur; vedle

salir á los campos á practicar la inoculación de los ganados contra

la peste carbunclosa.

La envidia humana le asedia; médicos y veterinarios le siguen

ganosos de gozarse en su descrédito, deseando que sus preparaciones

den un resultado contraproducente.

Y sin embargo, el varón santo, el maestro caritativo, sobreponiéndose

á las pequeneces y miserias humanas, desciende á las

masías, vacuna en los establos, y las pobres y atribuladas gentes,

que viven sujetas al terruño, como los antiguos siervos de la gleba,

sin más tesoro ni esperanza que sus ganados, al verlos inmunes,

llenan de bendiciones al sabio.

Ved á ese hombre extraordinario encerrado en su laboratorio,

ocupando sus vigilias y hasta sus sueños la idea de prestar un servicio

eminente á la Humanidad, descubriendo el *bacilus* rábico,

que libre á sus semejantes de la más horrible y desesperante de

las enfermedades, de la rabia, que convertía á los padres en verdugos

de sus propios hijos, obligándoles á encerrarlos en dura

prisión ó abrirles las venas, para que se desangraran y murieran

sin morder á nadie.

Después de mil ensayos y atenuaciones de caldos; después de

centenares de aplicaciones á conejos y otros animales, todas favorables,

cree haber descubierto la vacuna de la rabia.

Pero el hombre de corazón recto tiembla y se llena de tribulaciones

antes de aplicar el invento á un semejante suyo; hasta

que un desventurado padre, cuyo hijo ha sido mordido por un

animal hidrófobo, se le presenta, rogándole con lágrimas que

inocule al hijo de sus entrañas; y todavía el sabio vacila, y después

de acceder á sus súplicas y de ver que el ensayo no da resultados

desfavorables, aún tiembla, y no puede conciliar el sueño, y

el mismo padre tiene que animarle y consolarle, hasta que el niño

se salva.,.!

Cuando recuerdo esta conmovedora patética escena, la extraordinaria

y hermosísima figura del doctor Pasteur se me representa

rodeada de una aureola divina, y me parece un santo,

más santo que todos los que bailan una especie de Danza Macabra

en el Almanaque del *Sui Generes* de mi querido amigo y antiguo

condiscípulo Mestre y Martínez; y los establos por él visitados, y

el laboratorio donde estudiaba adquieren para mí la consideración

de un templo, del más santo de los templos, el templo de

la ciencia,

[Qué contraste tan marcado *é* impropio forma este ejemplo

con el que en Noviembre de **1901** nos daban los frailes católicos

y cismáticos de Jerusalén!

Por monopolizar las pingües limosnas con que la cristiandad

favorece al Santo Sepulcro, los frailes de unas y otras sectas anduvieron

á tiros, pedradas y palos en el mismísimo templo, resultando

muertos y heridos á docenas, y salpicadas de sangre humana

hasta las aras sagradas.

[Y todo y sólo por la mundanal avaricia de riquezas...!

¿Concebís sacrilegio semejante?

Y los que así proceden, ¿no escarnecen la religión del honor

y de la Humanidad? ¿No rebajan el templo á la categoría del antro

del crimen?

Cuando oigo á los criticadores malsines de esta **Universidad**

**Popular** compararla con una taberna, porque es un casino donde

**se** explican las lecciones, me digo: Si San Vicente Ferrer, que

dirigía su arrebatadora palabra de fuego á los creyentes en plazas,

calles y campos, sin parar mientes en el local donde hablaba,

nisospechar que el sitio desde el cual arengaba á las masas, depreciaría

la moral de sus misiones, diera hoy una vuelta por sus

antiguos lares, y viera que sus correligionarios trataban su tribuna

de taberna popular, es muy posible que avergonzado se volviera

á la solitaria tumba, para no contaminarse con el hálito de los

neocatólicos

No lo dudéis; si el santo pudiera dar una vuelta por este mísero

mundo, es fácil que los escribas y fariseos, que hoy comercian

con las religiones, le apellidaran *Tabernero popular.*

Porque para gentes de moralidad tan menguada, el hábito,

y sólo el hábito, es el que hace al monje.

Para ellas el decorado, y el lujo, y las luces profusas, y el

incienso, símbolo de la adulación, y las voces, y las músicas, alicientes

todos, que más impulsan á la voluptuosidad que á la

serena y silenciosa oración, son los emblemas de la santidad.

Para ellas, el lupanar, si es regio, merece la consideración de

templo; y el templo de la ciencia, si es modesto, desciende á la

categoría de taberna popular.

Si la moral de las religiones positivas no se cotizara hoy á tan

bajo precio, yo entiendo que, por propio decoro, por no exponer

su religión á los peligros de ver sacadas á público mercado las

muchísimas nebulosidades que la enturbian, los directores espirituales,

las autoridades legítimas de esos doctrinos y de los libelos

que escriben, debieran imponerles una mordaza para que no

hablaran.

Y mordaza de hierro, de acero, porque á ser de madera, la

morderían é inocularían de su virus rábico, más pernicioso que

elde los canes, porque éste ha encontrado un Pasteur que le

supiera atenuar, mientras la hidrofobia ultramontana no ha encontrado

todavía antídoto.

Esto podrá ser un casino político, un centro modestísimo, pero

no una casa donde se fomenta el vicio; donde el tapete verde—

que arruina las fortunas y la paz doméstica—fomenta la fastuosidad,

como en tantos centros aristocráticos, y hasta en palacios ducales**,**

sucede.

La ciencia dignifica y purifica todo cuanto toca.

Ya la imbecilidad humana no considera profanación y sacrilegio

el estudio anatómico de los cadáveres.

Gracias á esta honrosísima nacionalidad valentino-aragonesa,

la más liberal del mundo, que á mi entender fue la primera que

oficialmente estableció las salas de anatomía y disección; pues á

lo menos yo no recuerdo, que país alguno se anticipara á la real

cédula de Jaime II (1300), en la que concede á la Universidad de

Lérida los cadáveres de los ajusticiados, para que los profesores

de anatomía hagan estudios de disección en ellos; gracias, repito,

á esa liberal iniciativa, los estudios de disección se han generalizado

por todo el orbe culto, y el profesor de anatomía, cubierto

con su talar blusa ó bata, es el sacerdote de la ciencia que santifica

los cadáveres; sus discípulos, armados de bisturí, forman con

el maestro el colegio sacerdotal, y la mesa de operaciones se

transforma en ara donde los sabios ofician (con peligro de su

vida, en más de una ocasión), pidiendo á Minerva y Esculapio

luces y acierto para aliviar los dolores y penas de la humanidad

desvalida.

Son tan sacerdotes, y aún más sacerdotes que los levitas, los

bonzos, los rabinos, cadíes y frailes. Estos piden por los muertos,

y no nos consta que con sus rezos hayan curado á ninguno; mientras

que los Tocas, Encinas, Rubios, Pasteur y sus discípulos han

salvado millares de semejantes suyos.

La sala de disección háse, pues, transformado en oratorio, en

sagrario, gracias á la ciencia.

Aquí habéis oído hablar de química, de literatura, de microbios

mensajeros de la muerte, y de la muerte misma, sin repugnancia

ni temor, gracias á la habilidad y talento de los eminentes

profesores que han desarrollado estas materias.

Aquí se han tratado misterios tan resbaladizos como el de la

continuidad de nuestra especie. Y, sin embargo, ni uno solo de

vosotros ha visto asomar á sus labios la sonrisa maliciosa, ni el

rubor ha tenido que enrojecer las mejillas de las señoras.

Y consiste en que la ciencia puede y sabe tocar, sin mancharlos,

los asuntos más delicados, sin herir la susceptibilidad de los

más castos oídos; porque el médico, en el cumplimiento de su delicado

sacerdocio, deja de ser varón ante la presencia de la virgen á

quien visita junto al lecho del dolor; como el verdadero artista

aleja de sí todo pensamiento torpe y pecaminoso ante el desnudo

modelo, que le enseña á copiar del natural las inimitables bellezas

que la figura humana atesora. Porque de otro, el médico rebajaría

la dignidad de su profesión á la categoría de curandero chinesco,

y el artista no sería artista, sino mero artesano.

En ningún país, que yo recuerde, las Universidades Populares

se establecieron en las catedrales ni en los palacios.

Las mismas Universidades Literarias no son el lugar más

apropiado para repartir el sustento espiritual á la clase jornalera.

Creer lo contrario, es salirse de la realidad.

Saben los artesanos que esos centros se han creado por y

para las clases acomodadas; y así como, por respeto al público

en general, ningún labriego de blusa se atrevería á sentarse en

una butaca del Teatro Real, aunque se la regalaran; así también

rehuye exhibirse en los centros universitarios, creyendo, y no sin

fundamento, que tales centros se han creado para presentarse en

ellos en traje decente y con corbata, según ordenan los reglamentos;

y por temor de ser en ellos objeto de críticas y descortesías

por parte de los jóvenes de buenas casas y no tan buena educación.

Y como el sustento espiritual es á todos necesario, y doblemente

á los obreros, que han hambre insaciable de saber desde

que en su pubertad abandonaron las escuelas; de aquí que los

hombres de corazón sano y buena voluntad, de aquí que las almas

generosas y altruistas hayan dicho: Ya que la montaña no viene á

nosotros, vayamos nosotros á la montaña.

Como el gran Pericles decía á los *rebeldes* aristócratas fortificados

en la Ciudadela: “O bajáis vosotros á mi lado ó yo subiré

al vuestro, aunque sea en calidad de prisionero; así nosotros

decimos: ya que los obreros no acudís á nuestros centros

docentes, que son públicos; bien por modestia, ya por recelo, ó

porque las horas de nuestras clases no son compatibles con vuestras

ocupaciones diurnas; nosotros iremos á vuestros casinos, sin

desdoro, sin que se nos caigan los anillos, como suele decirse, ni

nos sintamos molestados ni humillados, sino antes bien honradísimos

al venir á compartir con vosotros los frutos de nuestras experiencias

y estudios de largos años.

Hoy que todo el mundo habla de la *regeneración nacional,* sin

practicarla, alguien ha de dar la pauta.

El movimiento se prueba andando.

No hay mejor predicador, decía el gran Cisneros, que fray

ejemplo.

Si para esta labor santa tenemos que concurrir al casino ó al

club, el club y el casino adquirirán la consideración y respeto de

la cátedra.

Si para llenar esta misión altamente humanitaria necesitamos

visitar los campos y poblados limítrofes, á ellos acudiremos, y alcanzarán

la dignificación de sucursales de la Universidad ó del

Instituto de Valencia, y la extensión universitaria será entonces

un hecho.

De mí y de mis amigos, los Sres. Milegos, puedo deciros que,

cuando hace pocos días los valientes saguntinos, dignos por su

patriotismo de velar por los manes de sus sacrosantas ruinas,

donde cada piedra es lápida funeraria de un mártir, y cada mata

lleva en sus vasos sangre de un héroe, y cada vetusto muro es un

poema dedicado á una raza de héroes, por desgracia ya extinguida

en España; cuando esos republicanos saguntinos, repito, nos

pidieron hace unas semanas, que hasta á ellos llegasen las ventajas

de la **Universidad Popular,** les ofrecimos llevar solemnemente

á Sagunto el modesto saber de nuestras inteligencias.

¡Que es preciso darlas en el casino!

¿Qué importa? El casino será nuestra cátedra.

¡Que hay que pronunciar las conferencias en el Teatro Romanol

Mejor que mejor.

Si las críticas y las iras de los fanáticos nos persiguen por eso,

los manes del paganismo, más caritativos que el catolicismo reinante,

saldrán de sus tumbas para inspirarnos alientos.

Si después, y como recompensa de esta labor generosa, pues

ninguno de nosotros aspiramos con estas lecciones á ganar el cielo,

ni honores, ni beneficios, sino más bien acusaciones y críticas,

pues no impunemente y sin temor se sienta uno en esta silla, desde

la que no es fácil complacer á todos, ni satisfacer los gustos y el

diferente grado de cultura de mil doscientas personas que nos

escuchan; si después de esta labor, repito, hay todavía seres de

tan aviesa intención, que llaman á esta rotonda *Taberna popular,*

y á nosotros taberneros mayores, y á vosotros discípulos del dios

Baco, hagamos votos y echemos el resto de nuestras fuerzas para

conseguir que todas las tabernas de España se vean pronto transformadas

en Universidades Populares; y todos esos palacios lujosísimos

que aprisionan las capitales, focos negros (¡no los confundáis

con pozos negros!) donde se refugian los zánganos de la

colmena social, microbios de nuestra arguellada nación, se transformen

también en Universidades Populares'.

Y ya que no tengamos sus regios palacios amasados con las

intrigas y asechanzas á los moribundos, y el despojo de los here-

deros legítimos, demos nuestras conferencias en los campos, en

las plazas, en los casinos ó los clubs; que más digno y honrado y

santo es hacer del casino un templo de la ciencia, que convertir

los templos en méntideros donde se acardenala la honra de la

amiga; en bazar donde se exhiben modas y tocados; en centro de

citas y miradas libidinosas, y en club donde la moral no es admitida

como socio, y donde se predica política candente, odio irreconciliable

á la libertad y á la instrucción, guerra civil en las

entrañas de la madre patria, á cuya santa misión estaban destinados

esos cirios de 6o tiros por minuto, sorprendidos hace pocas

semanas en un escondido depósito de armas en Valencia.

HE CONCLUIDO